

PERFILES DE VALOR

Manuel Campa

En la posguerra española había una enciclopedia que aseguraba que España estaba en el centro del mundo –entre América, África y Europa-, y esa situación geográfica se interpretaba como una señal de que éramos el pueblo predilecto de Dios. Aquella afirmación resultaba paradójica, pues en los años cuarenta sufríamos, además de la “pertinaz sequía”, un bloqueo internacional de las entonces llamadas democracias “inorgánicas”, es decir, estábamos más fuera del mundo que dentro. La tesis de que estábamos en el centro del mundo, si bien exagerada, no era descabellada, si aceptamos la figura esférica como forma de la tierra, donde todos los puntos equidistan del centro. Gracias, sobre todo, a los vuelos basura y al todavía poderoso euro, estamos comprobando que estamos a un par de horas de cualquiera de las grandes ciudades europeas, en otras palabras, la tesis de la enciclopedia de posguerra se va cumpliendo, aunque ya muy poca gente crea que somos un pueblo predilecto de nadie, salvo de los cuarenta millones de turistas que nos visitan cada año. Por lo que se refiere a los asturianos, nadie creyó aquí –antes de Fernando Alonso- que estábamos en el centro de nada. Pero, según vamos teniendo buenas comunicaciones, vemos que no estamos tan a desmano como cuando, por ejemplo, para ir a Londres, teníamos que desandar, camino de Madrid, una parte del trayecto hacia la capital de la pérfida Albion. Las distancias europeas son tan cortas para el avión que la proliferación de los vuelos baratos puede contribuir decisivamente a que superemos el síndrome de aislamiento que padecemos desde tiempo inmemorial. Ahora se llega más fácilmente a los lugares más apartados, y, adondequiera que se vaya se encontrará –como sostiene un viejo tópico- alguien a quien llaman “el asturiano”.

Llegan los turistas asturianos a las impresionantes cataratas de Iguazú, en la zona fronteriza de Argentina, Brasil y Paraguay. El primer occidental en descubrirlas fue el conquistador español Cabeza de Vaca. Al lado de los saltos San Martín y Bossetti, hay uno que lleva el nombre de Bernabé Méndez, un guarda-parque que fue asesinado por cazadores furtivos el 14 de abril de 1968. Su nombre es un símbolo en la lucha en defensa de la naturaleza en Argentina. Su familia procedía de Lugo y del occidente de Asturias.

Llegan los viajeros asturianos a Montevideo y se encuentran con una larga calle que lleva el nombre de uno de los héroes nacionales del Uruguay, el capitán Villademoros. Este tinetense nacido en la parroquia de Bárcena del Monasterio en 1781, que emigró teniendo trece o catorce años, se identificó con su patria de destino, defendiendo su independencia frente a cuantos osaron amenazarla.. Murió en el Alto Perú, luchando en defensa de su patria de adopción.

Numerosos emigrantes asturianos del oriente de Asturias se establecieron en Chile probablemente porque no había otras tierras más alejadas. De haberlas, seguramente allí se habría constituido, también, una colonia asturiana. Del mismo modo, desde Cuba, muchos asturianos pasaron a Veracruz, a Tampa e, incluso, a San Francisco de California, que era el punto más alejado posible, hacia el Oeste.

A partir de ahora, los visitantes asturianos de Chile podrán admirar un monumento en honor de Eduardo Llanos, nacido en Corao –Cangas de Onís- en 1833, quien emigró a Chile después de formarse en Cálculo y Náutica, en el antiguo Instituto Asturiano fundado por Jovellanos en Gijón. Ya Pérez de Ayala interpretó los personajes de La Aldea Perdida, de Palacio Valdés, como si se tratara de héroes homéricos. La biografía de Llanos Álvarez de las Asturias combina rasgos netamente asturianos con reminiscencias de una tragedia griega. En la conocida como Guerra del Pacífico (1879-1884), en la que participaron Chile, Perú y Bolivia, el 21 de mayo de 1879 tuvo lugar un combate naval en el que los peruanos hundieron el buque chileno “Esmeralda”. El capitán de este barco, Arturo Prat, y el teniente Serrano, en una acción desesperada, iniciaron el abordaje del navío peruano “Huáscar”, muriendo en el intento. Los cadáveres de los dos héroes chilenos quedaron en poder de los peruanos, sin embargo Eduardo Llanos, en un acto de piedad y con gran riesgo personal dio tierra a los marinos chilenos. La actuación del emigrante asturiano recuerda, en la literatura clásica, tanto la decisión de Antígona de enterrar a su hermano Polinices, desobedeciendo las órdenes del tirano Creonte, que había prohibido darle tierra, como el gesto del rey de Troya Príamo, cuando avanzó hasta el campamento griego para reclamar el cadáver de su hijo Héctor, muerto en singular combate con Aquiles. Pudiendo vivir el resto de sus días en Chile, con honores de héroe, Eduardo Llanos prefirió regresar para morir en Corao. Valentín Andrés subraya que mientras Hernán Cortés y Pizarro mueren en América, en cambio, Pedro Menéndez de Avilés fallece en España. De este modo, el gran intelectual moscón quiere significar que el regreso a la tierra de origen forma parte, generalmente, de la trayectoria vital de los asturianos.

El viajero que llega a Tampa - una ciudad de Florida que, según Valentín Andrés, es de origen plenamente asturiano- se encuentra, en seguida, con alguna de las numerosas muestras de veneración hacia la actuación heroica de Baldomero López Reina: en una placa en pleno centro de la ciudad, en el nombre de una escuela infantil, en el nombre de un barco, en el nombre de un cuartel, en un monumento en el cementerio asturiano de Tampa. Participando como teniente en la Guerra de Corea, el 15 de septiembre de 1950, cayó una granada “viva” en medio de la unidad que él mandaba. Para evitar la muerte de un buen número de soldados, él mismo se arrojó sobre la granada, al tiempo que ordenaba a sus hombres que se pusieran a salvo. Por esta acción, el general Mc Arthur, héroe americano de la guerra del Pacífico, solicitó del presidente Truman la más alta condecoración militar para el teniente de origen asturiano, lo que tuvo la aprobación unánime en el congreso de los EEUU. La acción heroica del soldado de origen asturiano fue a costa de la propia vida, no a costa de la vida de los demás, y no constituyó, propiamente, un suicidio, sino una decisión basada en la racionalidad de evitar muertes innecesarias y en la consideración de que el primero en sacrificarse debía ser el propio jefe de la unidad. Tal vez el soldado de origen asturiano había oído de niño contar muchas veces a su padre emigrante que en las romerías nadie podía eludir, sin deshonor, los palos que se recibían de los mozos de otros pueblos.

Cuando se habla de Venezuela, se recuerda, muy justamente, al ovetense Bobes, “el León de los Llanos”, pero también cabe recordar, entre las personalidades de origen asturiano, al canario Miranda, cuyo apellido denota claramente su origen familiar.

Cuando Pérez de Ayala defiende la supremacía “en asturianidad” de los asturianos en la emigración sobre los asturianos “en la tierrina”, probablemente no se refiera solamente

al sentimiento de vinculación con la tierra de origen, sino también al cultivo de determinadas pautas de conducta que proceden de la cultura tradicional y que se manifiestan con mayor eminencia en muchos de nuestros emigrantes. Estos perfiles de valor son algunos ejemplos de las virtudes de la Asturias trasterada.